

**Martes XXVI del TO**  
**Ciclo A**



3 de septiembre de 2023

Zac 8, 20-23

Sal 86

Lc 9, 51-56

P. Eduardo Suanzes, msp

Con estos versículos que acabamos de escuchar comienza la segunda parte del evangelio de Lucas; es la subida de Jesús hacia Jerusalén, hacia la cruz, hacia el cielo. El comienzo es un acto consciente y decidido de Jesús. El texto en griego dice exactamente: « *Y ocurrió que iban a cumplirse los días de su ascensión, y él afianzó su rostro para marchar a Jerusalén. Y envió mensajeros ante su rostro*». Se nos habla, pues de una actitud de Jesús de determinación, de fuerza, de arrostrar con valor lo que le espera cuando suba a Jerusalén. Como el siervo de Isaías<sup>1</sup>, como la dureza de Jeremías<sup>2</sup>, como Ezequiel<sup>3</sup>. Es una decisión consciente de riesgo, de asumir la dureza de la entrega y el aparente fracaso que le aguarda.

Los discípulos, sin embargo, siguen aferrados a su concepción mesiánica triunfante, donde ellos serán los «*top twelve*» del nuevo Reino que Jesús instaurará cuando lleguen a Jerusalén. Ya habían intentado disuadir a Jesús de que fuera a Jerusalén (primer anuncio de la subida a Jerusalén, cuando Pedro se ganó la más fuerte reprimenda de Jesús); habían discutido sobre quién era el más importante de ellos (segundo anuncio de la pasión) y Jesús les dio otra fuerte reprimenda, pues les había instruido claramente sobre qué significaba eso de ser el primero y el último; les había hablado de servir, de acoger al pequeño, al que nada cuenta. Habían querido reprender al exorcista anónimo, porque «no les seguía a ellos», y Jesús les volvió a reprender. Pero no: ellos siguen en lo suyo. Más tarde estos dos que aparecen ahora (Juan y Santiago, los hijos del Trueno) le pedirán a Jesús sentarse a su derecha cuando instaure su reino al llegar a Jerusalén. ¡Si es que los pobres no dan ni una...!

Jesús manda por delante, pues a sus discípulos, pero estos no son acogidos por los samaritanos. Los discípulos, simbolizados en Santiago y Juan, reaccionan airados y piden que baje fuego sobre ese pueblo para que sea destruido. El rechazo es respondido con el rechazo y con el afán revanchista.

Tal afán revanchista lo toman de su propia tradición bíblica, pues su petición: « *¿quieres que digamos que baje fuego del cielo y los consuma?*» está tomada literalmente del libro de los Reyes y, en concreto, del profeta Elías. Este mítico profeta de Israel es prototipo del profeta intransigente de un Dios intransigente que reacciona con violencia y fuego frente a la idolatría de los reyes de Israel (samaritanos) que le son infieles. De hecho, con el paso del tiempo, la figura de Elías pasó a convertirse en «modelo» de lo que se esperaba del Mesías regio que restauraría la soberanía de Israel frente a los impíos paganos. Muchos vieron a

---

<sup>1</sup> El Señor me ayuda, por eso no me acobardaba; por eso endurecí el rostro como pedernal, sabiendo que no quedaría defraudado (Is 50,7)

<sup>2</sup> Por tu parte, te apretarás la cintura, te alzarás y les dirás todo cuanto yo te mande. Pues por mi parte, mira que hoy te he convertido en plaza fuerte, en pilar de hierro, en muralla de bronce frente a toda la tierra (Jr 1,17-18)

<sup>3</sup> Y tú, hijo de Adán, no les tengas miedo, ni te acobardes... aun cuando te rodeen espinas y te sienten encima de alacranes (Ez 2,6)

Jesús como un nuevo Elías justiciero que haría recaer sobre los impíos toda la furia de Dios, y de ello se hacen eco los evangelios en varios momentos. Pero Jesús no representa esta violencia y fuego de Yahvé, sino que eso, más bien, lo representaría Juan el Bautista, que sí que anunciaba un juicio de Dios y un juicio de fuego.

Los dos discípulos de este pasaje repiten algo que ya dice el profeta Elías en un pasaje en que acuden a él cincuenta soldados para llevarlo ante el rey impío de Israel-Samaría: « *Envió [el rey] a Elías un jefe de cincuenta con sus cincuenta hombres. Subió a donde estaba él y lo encontró sentado en la cumbre de la montaña. Le dijo: «Hombre de Dios, el rey ha ordenado: «Desciende».» Elías respondió al jefe de los cincuenta: «Si efectivamente soy un hombre de Dios, descienda fuego del cielo y te consuma a ti y a tus cincuenta hombres.» Descendió fuego del cielo que lo consumió a él y a sus cincuenta hombres»*<sup>4</sup>.

Los discípulos acaban de recibir la enseñanza de que no hay que rechazar a nadie, porque el rechazo sólo produce daño, no vida. Y esto lo experimentan ahora en sus carnes, al ser rechazados. No les gusta que les rechacen y excluyan; a nadie le gusta que le rechacen. Esa experiencia es una prueba de lo malo que es el rechazo, la animadversión. Desde ahí se entiende que Jesús les haya enseñado-invitado a acoger a los extraños, a los diferentes, pues ese acoger (y no el rechazar) es camino de vida. Pero, de nuevo, la enseñanza queda en el olvido y la actitud egoica emerge. En lugar de acoger el disgusto por haber sido rechazados y aprender proponiéndose ellos no rechazar a nadie (porque eso es malo), los discípulos responden con un contra-rechazo: que el fuego acabe con esos malditos.

Como en la escena anterior, se sienten superiores: superiores frente al exorcista que «no les sigue a ellos» y superiores frente a estos samaritanos impíos y herejes. Así suele funcionar la mentalidad egoica en muchas personas y grupos: siempre superiores; superiores para condenar a los diferentes y superiores para castigar-destruir a los que se me opongan. Por ello, los discípulos reproducen esta mentalidad y recurren a Jesús como su fuese Elías repitiendo al pie de la letra su petición de destrucción de los impíos.

Pero aquí Jesús les increpa o conmina a los discípulos que pretenden tal cosa, y utiliza el mismo verbo («increpar», «conminar») que utilizó frente a los demonios<sup>5</sup>. Con ello se define como demoníaca la pretensión de los discípulos. Y, también con ello, se define como demoníaco, (por tanto, como no de Dios) el afán de revanchismo o de venganza ante el rechazo.

Lo importante es, pues, qué siento yo ante el exorcista anónimo que no es de los nuestros, o qué siento yo hacia los samaritanos que no quieren acogerme en su poblado, o qué siento yo ante los que me maltratan, maldicen, odian o crucifican. Es mi ser (y no ellos, los otros) quien debe responder de lo que anida en mi ser; esa es mi responsabilidad y ese es mi ámbito personal e intransferible.

---

<sup>4</sup> 2Re 1, 9-10

<sup>5</sup> Cfr. 4,35.41; 9,42